

Onza, Tigre y León

(EL CORREO ESCOLAR)



No.

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



GRAL. JOSE FELIX RIBAS

C E R T A M E N

El dibujo que arriba publicamos, es un retrato del General José Félix Ribas; uno de los más grandes héroes de la independencia venezolana.

Invitamos a nuestros lectorcitos a escribir, en forma sencilla y concisa, una biografía corta, o pequeña historia sobre la vida de este prócer.

Las mejores biografías cortas de Ribas, que recibamos, serán publicadas en esta revista y los nombres de sus autores, figurarán en las páginas de ONZA, TIGRE Y LEON, en el Cuadro de Honor de sus colaboradores.

ONZA, TIGRE Y LEON

(EL CORREO ESCOLAR)

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

No. 2

CARACAS, DICIEMBRE DE 1938

AÑO 1

NAVIDAD

Diciembre, mes de pascuas, la fiesta de los niños.

Hoy, "ONZA, TIGRE Y LEON", la revista de los chicos, quiere ser un pequeño aguinaldo para sus lectorcitos.

Presentamos en este número, diversas colaboraciones infantiles, con ilustraciones hechas por sus mismos autores y también, un cuento de navidad de "El Tío Nicolás", el viejecito campechano y bonachón que, desde hace varios años, viene relatando para los niños y a través de las ondas del radio, narraciones y casos tradicionales de los campos venezolanos.

Al desear, a toda nuestra chiquilleria, las más felices pascuas y los más hermosos juguetes, dámosles también las gracias por las colaboraciones que nos han enviado, las cuales iremos publicando en los números sucesivos, junto con las fotografías de asuntos típicos e históricos que de igual modo nos han sido remitidas.

LA HAYACA GRANDE

CUENTOS DE PASCUAS

por "EL TIO NICOLAS"



La bruja Candelaria me había mandado a llamar y por eso, apresuradamente, me puse en camino para su casa. Cuando Candelaria lo llama a uno es porque algo importante tiene que decirle. Apenas tuve tiempo de echarme mi escopeta al hombro, porque, eso sí, lo que es mi morocha anda conmigo para todas partes. Uno nunca sabe lo que pueda pasar.

Atravesé la montaña y, obscureciendito ya, caté de ver por debajo de las matas y por entre el monte, el techo de paja amarilla de la casa de Candelaria.

Cuando llegué, la encontré sentada en un butaque dándole tetero a una venadita recién nacida.

—Salú. ¿Cómo están por aquí?—dije saludando.

Candelaria se volvió y se quedó mirándome por sobre los anteojos.

¡Guá! muchacho. Yo creía que ya no ibas a venir. Siéntate ahí un momento.

Cuando hubo terminado de darle el tetero a la venadita, me explicó lo que tenía que decirme.

—Te mandé a llamar porque necesito que me ayudes. ya sabrás que vienen las pascuas; de hoy en tres es noche buena y quiero que me consigas las hojas de plátano para las hayacas.

—Cómo nó, muchacha lo que tu digas.

Cogí un tocón de machete que estaba en la cocina y me fui para el monte.

Al cabo rato estaba de vuelta, cargado con un buen haz de hojas grandotas y fresquecitas.

Llegando ya a la casa escuché a Candelaria que hablaba con alguien:

(Pasa a la Pág. 19)



AVES DE NUESTROS BOSQUES

EL CARPINTERO



El carpintero, también conocido con los nombres de picamaderos, picatroncos, picapinos o simplemente pico,

es un ave de pequeño tamaño que raras veces abandona el bosque. El nombre de carpintero le viene muy bien,

porque el animal se entretiene de continuo en martillar los árboles, produciendo el conocido ruido que los distingue, muy semejante al redoble del tambor.

Uno de los más abundantes es el carpintero jabado, de pequeño tamaño y cuerpo cubierto de plumaje de varios colores.

El carpintero es un ave arborícola, es decir: que vive en los árboles, y pasa su vida trepando postes y troncos. Desde que amanece empieza a recorrer el bosque en busca de árboles secos o enfermos, para capturar los insectos de que se alimenta o para fabricar su nido.

El perito taladrador, gracias a su finísimo oído, se da cuenta de que existe en la madera alimento, debido a la resonancia especial que se produce en los espacios vacíos. Entonces arranca la corteza, astilla por astilla, hasta que pueda penetrar en la cavidad el agudo cincel de su pico. Con su lengua larga y pegajosa, atrapa los insectos escondidos en la madera.

El nido del carpintero no se parece al de las otras aves. Es de madera y consiste en una cavidad que abre con su pico en el tronco de los árboles secos. El fondo lo recubre

de un colchón, de virutas y finas partículas de madera, suave y fresco, sobre el cual, la hembra deposita sus huevos, los que son completamente blancos, como los de todas las aves que anidan en la oscuridad.

Los carpinteros tienen características especiales que les permiten efectuar el intenso trabajo a que se dedican.

Sus plumas son semejantes a las de las otras aves, excepto las de la cola; muy fuertes, largas y desgastadas por el continuo frote contra los troncos secos.

El pico es largo, recto, cónico y muy agudo. La mandíbula superior dura como el hierro, sobresale de la inferior y su extremidad aplanaada ofrece la forma de un hacha. La cabeza es un verdadero mango para este instrumento; gruesa, fuerte y pesada, siendo por eso los huesos del cráneo sumamente duros.

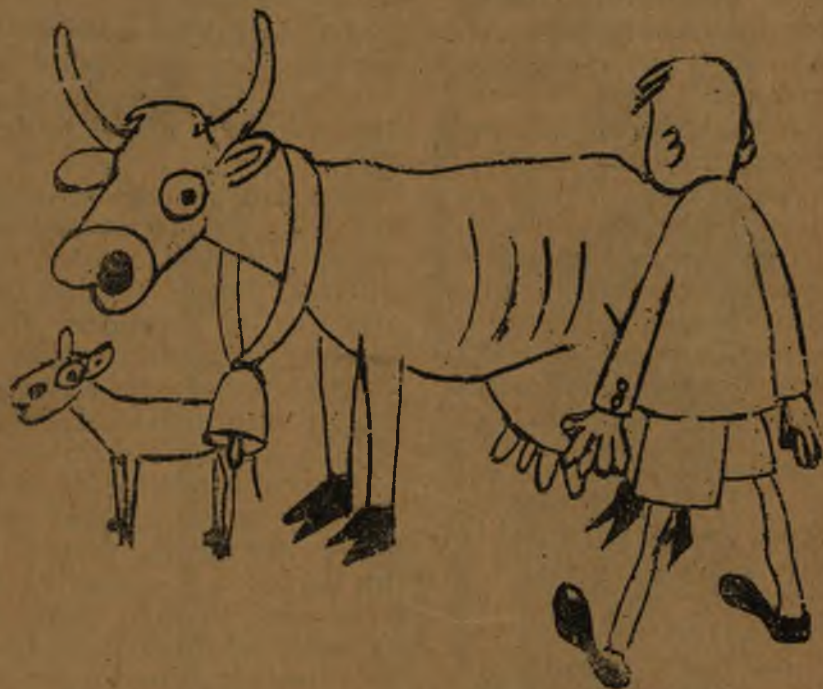
El cuello corto, macizo y musculoso les permite dar picotazos vigorosos y ciertos, y la posición vertical de su cuerpo, facilita extraordinariamente su trabajo.

Sus cuatro dedos, dispuestos dos hacia adelante y dos hacia atrás, están provistos

(Pasa a la Pág. 29)

NIÑOS QUE ESCRIBEN Y DIBUJAN
LA VACA ENCANTADA

Los diversos relatos con sus respectivas ilustraciones que, en esta sección continuaremos publicando, nos han sido enviados por niños de diferentes lugares de la República.



Un campesino tenía una vaca, y el pobre animal estaba flaco y triste, porque su dueño no se preocupaba sino de ordeñarla únicamente, sin darle comida ni cuidarla. El becerrito de la vaca también estaba muy flaco, porque el campesino no le dejaba ninguna leche para que mamara.

El campesino tenía un hijo pequeño, a quien le daba mucha lástima la vaca y su becerrito. Este muchacho, cuando su padre no le veía, buscaba un poco de yerba y se lo daba a la vaca, pero esto tenía que hacerlo a escondidas, porque si su padre lo hubiera visto le pegaría.

Pero la poca yerba que de vez en cuando le daba el muchachito al animal no eran suficientes a alimentarlo y la po

bre vaca se puso tan flaca que se le veían las costillas por encima del cuero.

El campesino vió el estado en que estaba la vaca y dijo:

—Ya ese animal no sirve. Voy a beneficiarlo para aprovechar la carne antes que se muera— y cogió su cuchillo y se puso a afilarlo.

El muchachito había oído lo que dijo su padre, y lleno de miedo echó a correr adonde estaba la vaca.

—¡Ayl, vaquita —le dijo.— Papá piensa matarte. Huye ligero y vete de todo esto.

Y diciendo así, desató la soga con que estaba amarrado el animal y lo espantó fuera.

La vaca como si entendiera, se quedó mirando al muchacho con los ojos húmedos de agradecimiento y luego, dando un bramido, echó a correr con su becerrito, hasta que se perdió en el monte.

Cuando el campesino hubo amolado bien su cuchillo, vino a buscar la vaca y se puso muy bravo al no encontrarla.

Echando maldiciones corrió por toda la sabana y por la montaña, pero no halló ni rastros de la vaca ni del becerro.

A los pocos días, una noche en que todos estaban durmiendo en la casa, el muchachito se despertó porque sintió que algo le hacía cosquillas en los pies. Se sentó en la cama y vió que era la vaca que le estaba lamiendo las plantas. El becerrito estaba un poco más lejos.

—¡Vaquita! —dijo muy pasito el muchacho.— ¿Cómo te has atrevido a venir? Vete. Si papá te ve, te matará.

Pero la vaca no le hizo caso, sino que se arrodilló en el suelo e hizo señas al muchacho para que subiera sobre su lomo, y como el muchacho no quisiera subir, o no comprendiera, la vaca lo cogió con sus dientes y se lo echó encima, empujando entonces la marcha a todo correr.

Toda la noche estuvieron andando por entre los árboles oscuros de la montaña y al amanecer, llegaron a un claro del bosque. La vaca se inclinó y el muchachito saltó a tierra.

Como diciendo “vente por aquí”, el animal miró al niño y echó a andar por una pica.

A los pocos momentos llegaron a una cueva. El muchacho se asomó y vió dentro muchas cajas que estaban llenas de dinero y de juguetes. Entonces comprendió para qué la vaca

(Pasa a la Pág. 25)

CURIOSIDADES GEOGRAFICAS

LA OLA DEL ORINOCO

por CRISTOBAL COLON

El Orinoco, en su desembocadura y al choque de sus aguas con las de la marea alta, produce una gran ola que se remonta contra su corriente. Este fenómeno, frecuente en la desembocadura de los grandes ríos, atemorizó sobre manera a Colón en su tercer viaje y, a él, hace referencia en este relato.



Cuando llegué a esta punta del Arenal, allí se hace una boca grande de dos leguas de Poniente a Levante, la isla de la Trinidad con la tierra de Gracia, y que para haber de entrar dentro para pasar al Septentrión había unos hileros de corrientes que atravesaban aquella boca y traían un rugir muy grande, y creí yo que sería un arrecife de bajos y peñas por el cual no se podría entrar dentro de ella, y detrás de este hilero había otro, y otro que todos traían

un rugir grande como la ola de la mar que va a romper y dar en peñas. Surgí allí a la dicha punta de Arenal, fuera de la dicha boca, y hallé que venía el agua del Oriente al Poniente con tanta furia como hace el Guadalquivir en tiempo de venida, y esto de continuo noche y día, que creí no podría volver atrás por la corriente, ni ir delante por los bajos, y en la noche, ya muy tarde, estando a bordo de la nao, oí un rugir muy terrible que venía de la parte del

Austro hacia la nao, y me paré a mirar y vi levantando la mar de Poniente a Levante, en manera de una loma tan alta como la nao, y todavía venía hacia mí poco a poco, y encima de ella venía un hilero de corriente que venía rugiendo con muy grande estrépito con aquella furia de aquel rugir que de los otros hileros que yo dije que me parecían ondas de mar que daban en peñas, que hoy en día tengo el miedo en el cuerpo que no me trabucasen la nao cuando llegasen bajo de ella, y pasó y llegó hasta la boca donde allí se detuvo grande espacio. Y el otro día envié las barcas a sondar y hallé en el más bajo de la boca que había seis o siete brazas de fondo, y de continuo andaban aquellos hileros unos por entrar y otros por salir, y plugo a nuestro Señor darme buen viento, y atravesé por esta boca adentro y hallé tranquilidad, y por acercamiento se sacó del agua del mar y la hallé dulce. Navegué al Septentrion hasta una tierra muy alta, a donde serían 26 leguas de esta punta del Arenal, y allí había dos cabos de tierra muy alta; el uno de la parte del Oriente, y era de la misma isla de la Trinidad; y el otro del Occidente, de la

tierra de que dije de Gracia; y allí hacía una boca muy angosta, más que aquella de la punta del Arenal; y allí había los mismos hileros; y aquel rugir fuerte del agua, como era en la punta del Arenal; y así mismo allí la mar era agua dulce; y hasta entonces yo no había habido lengua con ninguna gente de estas islas, y lo deseaba en gran manera, y por esto navegué al luengo de la costa de esta tierra hacia el Poniente; y cuanto más andaba hallaba el agua de la mar más dulce y más sabrosa, y andando una gran parte llegué a un lugar donde me parecían las tierras labradas y surgi y envié los barcos a tierra; y hallaron que de fresco se había ido de allí gente, y hallaron todo el monte cubierto de gatos paúles; volviéronse, y como ésta fuese sierra me pareció que más allá, al Poniente, las tierras eran más llanas, y que allí sería poblado, y mandé levantar las anclas y corrí esta costa hasta el cabo de esta sierra, y allí a un río surgi, y luego vino mucha gente, y me dijeron como llamaron a esta tierra Paria, y que de allí, más al Poniente era más poblado; tomé cuatro de ellos, y después navegué al

(Pasa a la Pag. 22)

LA ESCOPETA DE PIÑÓN



Hay una ingenua copla venezolana, muy conocida, que los campesinos de las cabeceras del río Tuy, cantan corrientemente en sus torneos de contrapunteos con guitarras “cuatro” o en sus bailes de arpa y maracas:

“Yo salí de Botabara,
pasé por Botabarón.
A que usted no mata al tigre
con escopeta de piñón”.

Reto burlón en el cual se invita al contrincante a realizar una proeza imposible.

La escopeta de piñón que en la copla se alude, es un arma inofensiva. Un juguete de los niños campesinos.

Para fabricarse este juguete, los pequeños cortan una rama delgada del piñón; un árbol que produce una fruta, especie de ciruela de propiedades purgativas, y labrando una punta al pedazo de palo, de manera de dejar al aire, descubierto de corteza, un pequeño trozo de la madera interna, gol-

pean luego con fuerza esta punta contra el suelo; de modo de correr la cáscara, que es resistente y de alguna consistencia, Procediendo así, al desprender completamente la madera de la rama, obtienen un tubo hueco constituido por la corteza. Este tubo será el cañón de la escopeta, y el pedazo de palo extraído de su interior, servirá de vaqueta o émbolo para hacer los disparos.

Con tacos de papel humedecido se hacen las balas o perdigones. Primero se introduce uno dentro del tubo y se comprime bien con la varilla, hasta que obstruya completamente una de las bocas. Luego, por la parte opuesta se introduce otro taco humedecido y, con la vaqueta, se empuja violentamente. Por la fuerza del aire comprimido, el taco de la punta saldrá disparado, produciéndose un pequeño estampido.

Estas escopetas se construyen también con una planta que se llama "tara"; un arbusto que alcanza hasta más de

(Pasa a la Pág. 22)

RAREZAS Y ANECDOTAS

SOBRE LOS DIAMANTES

Hasta ahora se creía que el diamante, el más duro de todos los cuerpos conocidos, sólo podía ser destruido por la acción del fuego, pero, hace poco, los expertos del campo de diamante de Rand, Transvaal, han descubierto la existencia de otro factor que puede provocar su aniquilamiento. Sucede, en efecto, que algunas de estas maravillosas piedras se destruyen a sí mismas —podría decirse que se suicidan— estallando en forma inesperada. Tal catástrofe se produce generalmente en el momento en que son extraídos de las mi-

nas, pero puede también sobreenir después que han sido talladas y muchos años más tarde. Los peritos explican este fenómeno en la siguiente forma: el diamante, que según se cree es un producto de la fusión del carbón a altas temperaturas y bajo una formidable presión, sólo llega a la superficie terrestre a causa de perturbaciones sísmicas o volcánicas y, naturalmente, no se halla más expuesto a la presión que contribuyó a formarlo. Por tal causa lleva en sí, en potencia, la posibilidad de estallar.

(Pasa a la Pág. 23)

LA VIDA EN LOS LLANOS

HISTORIAS DE CAIMANES



A lo largo de las riberas de los grandes ríos llaneros, puede verse a los gigantescos saurios reunidos en grupos de seis o más, calentándose al sol cerca del agua, con la boca muy abierta hasta que el pegajoso paladar se llene de moscas y de otros insectos que se posan dentro de ella.

Se cuentan diversas histo-

rias relacionadas con la astucia y el instinto de los caimanes, muchas de las cuales parecen demasiado extraordinarias para un animal de la tribu de los reptiles.

Una vez un canoero que tenía muchos chivos, se percibió de que habían desaparecido varios de ellos. Sin

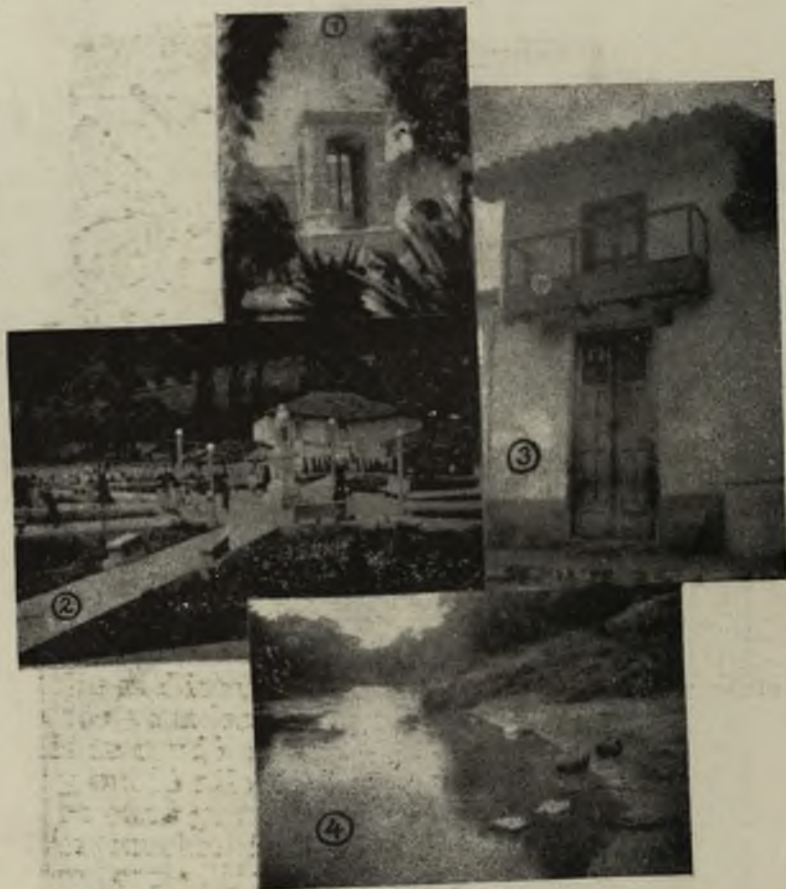
(Pasa a la Pág. 24)

P R O V I N C I A S



Aspectos de la población de San Sebastián de los Reyes, en el Estado Aragua y dos vistas del río Caramacate, en sus alrededores.

SITIOS HISTORICOS



1.—Santuario en San Antonio de Coro, Edo. Falcón; lugar en que Cristóbal Colón oyó misa por primera vez en Sur América.

2.—3.—Casas que habitó el Libertador; una frente a la plaza Bolívar, en Bailadores y otra, en la Grita, Estado Táchira, donde se hospedó en el año de 1813.

4.—Puerto de la Madera, lugar donde el Gral. José Francisco Bermúdez combatió, en la guerra de la Independencia, contra los españoles que ocupaban a Cumaná.

CUADROS TÍPICOS



- 1.—Lavanderas en el interior de Venezuela.
- 2.—La casa de una primitiva hacienda de caña.
- 3.—Trasportando mercancías en canoa, a lo largo de nuestros ríos.

LA GAMA CIEGA

Por HORACIO QUIROGA
(Cuentista Uruguayo)



Había una vez un venado,—una gama—que tuvo dos hijos mellizos, cosa rara entre los venados. Un gato montés se comió a uno de ellos, y quedó sólo la hembra. Las otras gamas, que la querían mucho, le hacían siempre cosquillas en los costados.

Su madre le hacía repetir todas las mañanas, al rayar el día, la oración de los venados. Y dice así:

I

Hay que oler bien primero las hojas antes de comer-

las, porque algunas son venenosas.

II

Hay que mirar bien el río y quedarse quieto antes de bajar a beber, para estar seguro de que no hay yacarés.

III

Cada media hora hay que levantar bien alto la cabeza y oler el viento, para sentir el olor del tigre.

IV

Cuando se come pasto del suelo, hay que mirar siem-

pre antes los yuyos para ver si hay viboras.

Este es el padrenuestro de los venados chicos. Cuando la gamita lo hubo aprendido bien, su madre la dejó andar sola.

Una tarde, sin embargo, mientras la gamita recorría el monte comiendo las hojitas tiernas, vió de pronto ante ella, en el hueco de un árbol que estaba podrido, muchas bolitas juntas que colgaban. Tenían un color oscuro, como el de las pizarras.

¿Qué sería? Ella tenía también un poco de miedo; pero como era muy traviesa, dió un cabezazo a aquellas cosas, y disparó.

Vió entonces que las bolitas se habían rajado, y que caían gotas. Habían salido también muchas mosquitas rubias de cintura muy fina, que caminaban apuradas por encima.

La gama se acercó, y las mosquitas no la picaron. Despacito, entonces, muy despacito, probó una gota con la punta de la lengua, y se relamió con gran placer; aquellas gotas eran miel, y miel riquísima, porque las bolas de color pizarra eran una colmena de abejitas que no picaban porque no tenían aguijón. Hay abejas así.

En dos minutos la gamita se tomó toda la miel, y loca de contento fué a contarle a su mamá. Pero la mamá la reprendió seriamente.

—Ten mucho cuidado, mi hija —le dijo— con los nidos de abejas. La miel es una cosa muy rica, pero es muy peligroso ir a sacarla. Nunca te metas con los nidos que veas.

La gamita gritó contenta:

—Pero no pican, mamá! Los tábanos y las uras sí pican; las abejas, no.

—Estás equivocada, mi hija, —continuó la madre—. Hoy has tenido suerte, nada más. Hay abejas y avispa muy malas. Cuidado, mi hija, porque me vas a dar un gran disgusto.

—Sí, mamá! ¡sí, mamá!— respondió la gamita. Pero lo primero que hizo a la mañana siguiente, fué seguir los senderos que habían abierto los hombres en el monte, para ver con más facilidad los nidos de abejas.

Hasta que al fin halló uno. Esta vez el nido tenía abejas oscuras, con una fajita amarilla en la cintura, que caminaban por encima del nido. El nido también era distinto; pero la gamita pensó que puesto que estas abejas eran más grandes, la miel debía de ser más rica.

Se acordó asimismo de la recomendación de su mamá; mas creyó que su mamá exageraba, como exageran siempre las madres de las gamitas. Entonces le dió un gran cabezazo al nido.

¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Salieron en seguida cientos de avispas, miles de avispas que la picaron en todo el cuerpo, le llenaron todo el cuerpo de picaduras, en la cabeza, en la barriga, en la cola; y lo que es mucho peor, en los mismos ojos. La picaron más de diez en los ojos.

La gamita, loca de dolor, corrió y corrió gritando, hasta que de repente tuvo que pararse porque no veía más; estaba ciega, ciega del todo.

Los ojos se le habían hinchado enormemente, y no veía más. Se quedó quieta entonces, temblando de dolor y de miedo, y sólo podía llorar desesperadamente:

—Mamá!... mamá!...

Su madre, que había salido a buscarla porque tardaba mucho, la halló al fin, y se desesperó también con su gamita que estaba ciega. La llevó paso a paso hasta su cubil, con la cabeza de su hija recostada en su pescuezo, y los bichos del monte que encontraban en el camino,

se acercaban todos a mirar los ojos de la infeliz gamita.

La madre no sabía qué hacer. ¿Qué remedios podía hacerle ella? Ella sabía bien que en el pueblo que estaba del otro lado del monte vivía un hombre que tenía remedios. El hombre era cazador, y cazaba también venados; pero era un hombre bueno.

La madre tenía miedo, sin embargo, de llevar su hija a un hombre que cazaba gamas. Como estaba desesperada, se decidió a hacerlo. Pero antes quiso ir a pedir una carta de recomendación al OSO HORMIGUERO, que era gran amigo del hombre.

Salió, pues, después de dejar a la gamita bien oculta, y atravesó corriendo el monte, donde el tigre casi la alcanzaba. Cuando llegó a la guarida de su amigo, no podía dar un paso más de cansancio.

Este amigo era, como se ha dicho, un oso hormiguero; pero era de una especie pequeña cuyos individuos tienen un color amarillo, y por encima del color amarillo una especie de camiseta negra sujeta por dos cintas que pasan por encima de los hombros. Tienen también la cola prehensil, por-

(Pasa a la Pág. 26)

LA HAYACA GRANDE

(Viene de la Pág. 3)

—Bueno, mi hijita, ya lo tengo en cuenta. Que te vaya bien—, decía.

Pasé por debajo del matapalo de las gallinas, subí la lomita de escalones de tierra y, en el patio ya, vi a Candelaria que miraba para arriba de los palos.

—¿Con quién conversabas, mujer?

—Era la lechucita blanca —me cootestó.— Vino a traerme una noticia.

—Algún chisme —le dije,— y Candelaria se sonrió sin decir más nada.

Yo conocía a la lechucita blanca. Era muy amiga de Candelaria y se la pasaba entre el monte, escondida como hacen ellas siempre, y mirando todo. Cuando veía algo o averiguaba alguna cosa que iba a suceder en la montaña iba volando a ponérselo en cuenta a Candelaria.

Ya se hacía tarde y antes que me cogiera la noche, decidí volver a emprender el camino de regreso para mi casa.

—Bueno —me dijo Candelaria—. No faltes en la noche buena; ya sabes que están convidados todos los muchachitos de por estos lados y todos los animalitos de la montaña. Tráete también a la Tía Nicolasa.

En la noche de pascuas, la casa de Candelaria estaba llena de gente y de todos los animales de la selva. Había gran alegría y todos reían y bromeaban alegres, aguardando la hora de la cena.

—Habrán juguetes para todos los niños y los animilitos —había dicho Candelaria,— pero los juguetes no se veían por ninguna parte; nadie sabía de donde los iba a sacar.

En la sala estaba un gran barril lleno de carato y la mesa puesta con una hayaca dentro de cada plato. En medio, aparte, había además, una hayaca enorme. Todos nos reímos al verla.

—¿Candelaria, —le preguntamos— para quién es esa hayacota? ¿Has convidado a algún gigante?

Candelaria sonrió enigmática.

—Esa es una sorpresa —dijo—. Ya lo sabrán cuando sea su tiempo.

Al fin dieron las doce de la noche y todos comenzaron a cantar y a bailar.

Luego fuimos a la mesa y cada quien se sentó en su puesto.

Ya nos disponíamos a acercarnos a los platos, cuando un ruido terrible se dejó oír, atronando la montaña y llenando de pavor a todo el mundo.

Los invitados empezaron a chillar y a correr por todas partes buscando donde esconderse y Candelaria nos ayudó a todos a buscar un escondrijo para cada quien, luego, haciéndonos señas de que guardáramos silencio, ella fué a ocultarse también.

Dentro, todo estaba callado, pero fuera seguía escuchándose el terrible alboroto que iba haciéndose cada vez mayor.

De pronto, tras un griterío y un gran empujón que le dieron desde afuera, la puerta se abrió y dentro de la casa se precipitaron, en conjunto desordenado, una gran cantidad de seres estrafalarios y horribles. Hombres de barbas sucias y larguísimas, mujeres desgreñadas y secas y animales asquerosos y de los más feroces.

A la cabeza de aquel ejército infernal, estaba la malvada bruja Cumbamba, rechoncha y espantosa, aun sobre su vieja escoba, sobre la cual había venido cabalgando. Todos gritaban como condenados y en masa, corrieron hacia la mesa estirando sus manos secas y ganchudas.

—¡Atrás, malditos! —rugió Cumbamba, plantándose ante todos ellos amenazadora.

Como bestias regañadas, todos retrocedieron amedrantados.

—¿No saben que yo soy la dueña de todos ustedes? —prosiguió la bruja terrible.— Yo soy la primera que debo acercarme a la mesa.

Y mientras la horda de brujos y secuaces gruñía y rezongaba a regañadientes, Cumbamba fué a mirar dentro de los platos. Al fin descubrió la hayaca grande que estaba en medio de la mesa y lanzó una carcajada re regocijo. Comenzó a relamerse y a reír, mostrando sus enormes colmillos ahumados y extendió la mano para apoderarse del guiso succulento que había despertado su apetito. Mas, de pronto, recordando que todo buen brujo debe ser ante todo malicioso, se

arrepintió y volviéndose hacia su gente, les echó un vistazo revisándolos a todos. Al fin, se quedó mirando a uno de entre el grupo y gritó autoritaria, señalándole con la mano.

—¡Tú, Trapiluco! Ven y cógeme de la mesa esa hayaca grande.

De entre el grupo se levantó un brujo largo, seco y vestido de harapos. Sus ojos saltados brillaban llenos de miedo mirando a Cumbamba, y su nariz, terrosa y encorvada como un garfio comenzó a estirarse y encogerse consecutivamente.

—¡Anda pronto perro! —rugió la bruja encolerizada Y Trapiluco, cobarde y arrastrándose como una alimaña, fué a cumplir lo que le habían ordenado. Pero, apenas las uñas sucias y largas de su mano habían tocado la hayaca, cuando ésta estalló con un estruendo formidable.

La casa se estremeció y todo el mundo comenzó a gritar entre una gran humareda negra que llenaba la habitación.

Cumbamba y sus brujos, enloquecidos y llenos de espanto, corrían de un lado para otro, hasta que, al fin, encon-

(Pasa a la Pág. 25)



LA OLA DEL ORINOCO

(Viene de la Pág. 9)

Poniente, y andadas ocho leguas más al Poniente, allende una punta que yo llamé del Aguja, hallé unas tierras, las más hermosas del mundo, muy pobladas; llegué allí una mañana, a hora de tercia, y por ver esta verdura, y esta hermosura acordé surgir y ver esta gente, de las cuales luego vinieron en canoas a la nao infinitos, y muchos traían piezas de oro al pesquezo, y algunos, atadas a los brazos, algunas perlas; hol-

gué mucho cuando las ví, y procuré mucho de saber dónde las hallaban, y me dijeron que allí y de la parte del Norte de aquella tierra.

Quisiera detenerme, mas estos bastimentos que yo traía, trigo, vino y carne para esta gente que acá está, se me acabaron de perder, los cuales hube allá con tanta fatiga, y por esto no buscaba sino a más andar a venir a poner en ellas cobro y no detenerme para cosa alguna.

LA ESCOPETA DE PIÑÓN

(Viene de la Pág. 11)

cuatro metros de altura y cuyo corazón es una médula seca, blanda y de un color blanco brillante, de una consistencia parecida a la del corcho. Esta médula, empujándola con una vaqueta a lo largo de un trozo de "tara", es extraída, dejando un tubo hueco igual que el del piñón, pero, más fuerte. Con este tubo y una varilla, se tiene un juguete idéntico al anterior; sirviendo, además, los pedazos de médula, que salen en forma de cilindros de un largo igual al del canuto de "tara" utilizado, como tacos para la escopeta; para lo cual se cortan en trocitos de tamaño conveniente.

Proveyéndose de ramas de las plantas descritas, o de otras que tengan iguales condiciones para el caso, puede cualquier niño hacerse uno de estos juguetes, tan usados por los pequeñuelos campesinos o indígenas.

RAREZAS Y ANECDOTAS

(Viene de la Pág. 11)

NOMBRE Y LEYENDA

El antiguo y sombrío castillo de Holyrood, en que los soberanos británicos pasaron varios días durante su visita a Edimburgo, fué en tiempos pasados una abadía a la vez que un palacio. La abadía de la cual tan solo queda en la actualidad una capilla en ruinas, era mucho más antigua que la residencia real.

Refiere la leyenda que en 1128, el Rey David I cazaba en la densa selva que rodeaba entonces a Edimburgo, cuando su caballo se encabritó. Cayó el jinete y fué atacado por un ciervo enfurecido. Habría perdido la vida si una mano milagrosa no hubiese puesto una cruz de fuego entre él y el animal, que emprendió la fuga.

En el lugar en que estuvo a punto de perecer, el soberano hizo erigir, a modo de exvoto, una abadía, a la cual dió el nombre de Holyrood, o Santa Cruz.

La abadía fué incendiada varias veces por los ingleses, y la cofradía dispersada en la época de la Reforma.

El palacio fué edificado en 1501 y sirvió de residencia a

los Reyes de Escocia. Los ingleses lo quemaron, pero fué reconstruido y desde entonces ha estado estrechamente asociado a toda la historia del país.

VUELA HACIA ATRAS

Relativamente, el colibrí tiene un cerebro más grande que el del hombre, pues mientras el suyo constituye una duodécima parte de su cuerpo, el del ser humano representa una trigésima quinta del resto de su persona.

El colibrí, que sólo ha sido encontrado en el Nuevo Mundo, es el pájaro más pequeño de los conocidos. No le es posible caminar, pero es el único que puede volar hacia atrás.

Esta pequeña criatura, dice el "Fact Digest", es tan liviana que es preciso reunir 180 de ellas para que pesen aproximadamente un kilogramo.

El colibrí de cuello rojo cubre en su vuelo migratorio desde las islas Bermudas hasta los Estados Unidos una distancia de 960 kilómetros sin detenerse. Y por momentos vuela a razón de 96 kilómetros por hora.

HISTORIAS DE CAIMANES

(Viene de la Pág. 12)

pensar en otra cosa, el hombre le echó la culpa a los caimanes, aunque éstos rara vez atacan fuera de su elemento, y acabó por ver cuán fundadas eran sus sospechas, al asistir como testigo, a la destrucción de uno de los chivos de la manera más singular. Un caimán había descubierto por algún medio misterioso, que los chivos se complacen de saltar de sitio en sitio, pero, más especialmente sobre los peñascos. Siendo éstos muy raros en la comarca, el traidor enemigo, acometió la empresa de complacerles el gusto de tan inocente pasatiempo y de darse, él mismo, el placer de comérselos. Acercándose a pocos pies de distancia del borde del agua, hinchaba su lomo de manera de darle la forma de una isla o un promontorio. Los estúpidos chivos le apercibían y dejando de hacer sus cabriolas sobre los resguardados lugares de las riberas, venían a divertirse en saltar sobre la falsa isla, a la qua nunca llegaban, porque el caimán sacaba la cabeza en el preciso instante, y los recibía dentro de su abierta boca tragándoselos así sin la menor dificultad.

Los caimanes tiene también particular inclinación por los perros, y nunca desprecian la ocasión que se les presenta de obsequiarse con ellos, pero, aquí sin embargo, son burlados por la superior astucia de los canes. Estos animales nunca se acercan al agua, sea para beber o para bañarse, sin antes atraer a los caimanes con sus ladridos a puntos distintos a los que van a utilizar. Este instinto del perro con respecto a los saurios parece ser universal, pues lo señalan diferentes viajeros en diversas partes del mundo.

Existen hombres tan atrevidos que se enfrentan a los caimanes dentro de su propio elemento, y quien lo hace, no ignora que en este mortal encuentro uno de los dos debe perecer.

Cuéntase que una vez un llanero que iba muy de prisa hacia cierto pueblo, como deseara llegar el mismo día, no esperó que la canoa lo pasara al otro lado del río, sino que se dispuso a cruzarlo a nado con su caballo. Ya tenía la silla y las ropas sobre la cabeza, como se acostumbra en tales ocasiones, cuan-

(Pasa a la Pág. 26)

LA VACA ENCANTADA

(Viene de la Pág. 7)

lo había llevado hasta allí. Cargó al animal con las cajas que había en la cueva y él también saltó encima.

Luego la vaca lo llevó a su casa al anochecer, adonde llegaron cuando ya estaba oscuro y todos durmiendo.

El muchacho metió las cajas bajo su cama, y la vaca y su becerrito regresaron al bosque.

Al día siguiente, cuando el muchachito contó a sus padres lo que le había sucedido y les enseñó las cajas de dinero y los juguetes, los viejos se quedaron con las bocas abiertas y dijeron: —¡Esa vaca está encantada!

Marcelino YEPES

13 años — Guatire

LA HAYACA GRANDE

(Viene de la Pág. 21)

trando la puerta salían disparados emprendiendo la fuga y lanzando alaridos de dolor, porque llevaban las ropas ardiendo en llamas y las carnes se les achicharraban.

Entre la casa, cuando el humo se hubo disipado, pudimos ver un gran montón de juguetes en el suelo. Candelaria nos los mostraba con la mano y reía satisfecha.

—En eso se ha convertido el brujo Trapiluco.

Luego nos lo explicó todo. Ella sabía que Cumbamba y su gente vendrían a estropearle la fiesta. Se lo había dicho la lechucita blanca y por eso había preparado la hayaca grande, dentro de la cual se encontraba una composición mágica que estallaría al tocarla cualquier brujo malo. Todo salió bien, solo que Cumbamba fué precavida y quien tuvo que pagarla fué el brujo Trapiluco.

Después Candelaria repartió los juguetes entre los niños y los animalitos y todos tuvimos unas pascuas muy felices.

HISTORIA DE CAIMANES

(Viene de la Pág. 24)

do el canoero le gritó que tuviera cuidado con un caimán cebado que acechaba en el paso, en tanto que le rogaba esperase la canoa. Desatendiendo el aviso, el llanreo exclamó con arrogancia: "Déjelo que venga; a mí no me asustan ni hombres ni animales". Dejó entonces en la orilla parte de su pesado equipaje, cogió con los dientes su daga de dos filos, y se metió valientemente dentro del río. No había avanzado mucho, cuando salió el caimán y se le fué encima rápidamente. Sabedor el nadador de la imposibilidad de

asestar a su rival un golpe mortal, o menos de alcanzarlo en el codillo, esperó que el reptil lo atacara para arrojarle su silla. Hizo esto con tanto éxito, que el caimán, creyendo que se trataba de un buen bocado, saltó un poco fuera del agua para cogerla. Instantáneamente el llanero le hundió su daga hasta el pomo en el sitio preciso. Un ronco rugido y un tremendo coletazo, probaron que el golpe había sido mortal, sepultándose el feroz monstruo bajo las aguas para no reaparecer jamás.

L A G A M A C I E G A

(Viene de la Pág. 18)

que viven casi siempre en los árboles, y se cuelgan de la cola.

¿De dónde provenía la amistad estrecha entre el oso hormiguero y el cazador? Nadie lo sabía en el monte; por alguna vez ha de llegar el motivo a nuestros oídos.

La pobre madre, pues, llegó hasta el cubil del oso hormiguero.

—Tan! tan! tan! —llamó jadeante.

—¿Quién es? —respondió el oso hormiguero.

—Soy yo, la gama!

—Ah, bueno! ¿Qué quiere la gama?

—Vengo a pedirle una tarjeta de recomendación para el cazador. La gamita, mi hija, está ciega.

—Ah, la gamita? —respondió el oso hormiguero—. Es una buena persona. Si es por ella, sí le doy lo que quiere. Pero no necesita nada escri-

to... Muéstrele esto, y la atenderá.

Y con el extremo de la cola, el oso hormiguero le extendió e la gama una cabeza seca de víbora, completamente seca, que tenía aún los colmillos venenosos.

—Muéstrele esto —dijo aun el comedor de hormigas—. No se precisa más.

—Gracias, oso hormiguero! —respondió contenta la gama—. Usted también es una buena persona.

Y salió corriendo, porque era muy tarde y pronto iba a amanecer.

Al pasar por su cubil recogió a su hija, que se quejaba siempre, y juntas llegaron por fin al pueblo donde tuvieron que caminar muy despacito y arrimadas a las paredes, para que los perros no las sintieran.

Ya estaban ante la puerta del cazador.

—Tan! tan! tan! —golpearon.

—Qué hay? —respondió una voz de hombre, desde adentro.

—Somos las gamas!... TENEMOS LA CABEZA DE VÍBORA!

La madre se apuró a decir ésto, para que el hombre supiera bien que ellas eran amigas del oso hormiguero.

—Ah, ah! —dijo el hom-

bre, abriendo la puerta—. ¿Qué pasa?

—Venimos para que cure a mi hija, la gamita, que está ciega.

Y contó al cazador toda la historia de las abejas.

—Hum!... Vamos a ver qué tiene esta señorita —dijo el cazador—. Y volviendo a entrar en la casa, salió de nuevo con una sillita alta, e hizo sentar en ella a la gamita para poderle ver bien los ojos sin agacharse mucho. Le examinó así los ojos bien de cerca con un vidrio redondo muy grande, mientras la mamá alumbraba con el farol de viento colgado de su cuello.

—Esto no es gran cosa —dijo por fin el cazador, ayudando a bajar a la gamita—. Pero hay que tener mucha paciencia. Póngale esta pomada en los ojos todas las noches, y téngala 20 días en la oscuridad. Después póngale estos lentes amarillos, y se curará.

—Muchas gracias, cazador! —respondió la madre, muy contenta y agradecida—. ¿Cuánto le debo?

—No es nada, —respondió sonriendo el cazador—. Pero tenga mucho cuidado con los perros, porque en la otra cuadra vive precisamente un hombre que tiene perros pa-

ra seguir el rastro de los venados.

Las gamas tuvieron gran miedo; apenas pisaban, y se detenían a cada momento. Y con todo, los perros las olfatearon y las corrieron media legua dentro del monte. Corrían por una picada muy ancha, y delante la gamita iba balando.

Tal como dijo el cazador, se efectuó la curación. Pero sólo la gama supo cuánto le costó tener encerrada a la gamita en el hueco de un gran árbol, durante veinte días interminables. Adentro no se veía nada. Por fin una mañana la madre apartó con la cabeza el gran montón de ramas que había arrimado al huco del árbol para que no entrara luz, y la gamita, con sus lentes amarillos, salió corriendo y gritando:

—Veo, mamá! Ya veo todo!

Y la gama, recostando la cabeza en una rama, lloraba también de alegría al ver curada su gamita.

Y se curó del todo. Pero aunque curada, y sana y contenta, la gamita tenía un secreto que la entristecía. Y el secreto era éste: ella quería a toda costa pagarle al hombre que tan bueno había sido con ella, y no sabía cómo.

Hasta que un día creyó haber encontrado el medio. Se

puso a recorrer la orilla de las lagunas y bañados, buscando plumas de garza para llevarle al cazador. El cazador, por su parte, se acordaba a veces de aquella gamita ciega que él había curado.

Y una noche de lluvia estaba el hombre leyendo en su cuarto, muy contento porque llovía más; estaba leyendo que acababa de componer el techo de paja, que ahora no cuando oyó que llamaban. Abrió la puerta, y vió a la gamita que le traía un atadito, un plumerito todo mojado de plumas de garza.

El cazador se puso a reír, y la gamita, avergonzada porque creía que el cazador se reía de su pobre regalo, se fué muy triste. Buscó entonces plumas muy grandes, bien secas y limpias, y una semana después volvió con ellas; y esta vez el hombre, que se había reído la vez anterior de cariño, no se rió esta vez porque la gamita no comprendía su risa. Pero en cambio le regaló un tubo de tacuara lleno de miel, que la gamita tomó loca de contento.

Desde entonces la gamita y el cazador fueron grandes amigos. Ella se empeñaba siempre en llevarle plumas de garza que valen mucho dinero, y se quedaba las horas charlando con el hombre. El

E L C A R P I N T E R O

(Viene de la Pág. 5)

de garras arqueadas y agudas que se clavan fuertemente en las desigualdades de la corteza. El cuerpo del carpintero, durante su trabajo, cuelga de los dos primeros dedos, mientras los dos segundos y las fuertes plumas de la cola, en las que además se apoya, impiden el deslizamiento. Así el animal se afinca sobre un verdadero trípode.

ponía siempre en la mesa un jarro enlozado lleno de miel, y arrimaba la sillita alta para su amiga. A veces le daba también cigarros, que las gamas comen con gran gusto, y no les hace mal. Pasaban así el tiempo, mirando la llama, porque el hombre tenía una estufa de leña, mientras afuera el viento y la lluvia sacudían el alero de paja del rancho.

Por temor a los perros, la gamita no iba sino en las noches de tormenta. Y cuando caía la tarde y empezaba a llover, el cazador colocaba en la mesa el jarrito con miel y la servilleta, mientras él tomaba café y leía, esperando en la puerta el TAN TAN bien conocido de su amiga la gamita.

La especial conformación de la lengua de este animal, en forma de sierra, completa su maravilloso equipo de trabajo.

Sus sentidos más desarrollados son los del oído y la vista, que le permiten descubrir los insectos escondidos entre la corteza de los árboles.

Los carpinteros son, entre los animales de vida arborícola y selvática, los únicos que pueden capturar las carcomas, comejenes y otros insectos que destruyen los árboles. Las frutas y granos que destrozan y comen son daños tan insignificantes, en comparación con los beneficios mencionados que prestan, que pueden considerarse como aves de gran utilidad. Además, los huecos que hacen en los árboles secos y muertos, son aprovechados después por diferentes aves insectívoras y por otras no menos útiles al hombre.

Los carpinteros abundan en todas las regiones templadas y tropicales, y son aves emigrantes, que huyen en el invierno de los fríos intensos de las regiones templadas, refugiándose en las tropicales.

LAS VACACIONES DE CHOMPÍN



Chompín se encuentra en San Juan de los Morros, descansa en una rica hamaca que le han proporcionado en una casa de campo.

Se siente tan cómodo que no alcanza a comprender la predilección de su papá por lo extranjero.



Por la mañana muy temprano Chompín se encuentra escalando el cerro.

Al llegar a los picos ve que lo que imaginaba como unos castillos no son más que inmensas piedras de una belleza incomparable.



Sale de viaje muy temprano encontrándose a unos leñadores que se enfrentan a un descomunal tronco. Chompín se dirige a ellos: ¿quieren que les ayude?, mis manos no son fuertes como las de Uds. pero quiero recibir ese bautismo.



Chompín continúa su camino observando a los pajarillos que con sus trinos le abstraen.

Concluyendo por creer que la naturaleza les brinda todo lo necesario para vivir aportando sólo un esfuerzo limitado para conseguirlo.